Telón de Agora

LOS HOMBRES DEL TRICICLO.—CAMINO REAL.—EL BUFÓN DE HAMLET.—LA ROSA TATUADA

Dido, Pequeño Teatro, comenzó su labor este año presentándonos *Los hombres del triciclo,* de Fernando Arrabal, autor novel español. Fernando Arrabal ha escrito la obra—seguimos el programa—a los veinte años. Después ha hecho nueve obras más. Por los títulos y por la muestra—y esto es aventurarse, sin duda—el teatro de Arrabal es un poco "ciudadano del mundo", lo que en sí no expresa una categoría, que es una cuestión aparte. Fernando Arrabal estudia en La Sorbona y le patrocina ante nosotros la atención que comienzan a dispensar en Francia a su teatro.

Los hombres del triciclo goza de esa ingenuidad de Dios, feliz y milagrera, que trascendió a la literatura, multiplicándose, desde *Totó el Bueno,* de Zavattini. En la obra—poética—de Arrabal falla casi siempre la poesía, y éste es el reparo más grave que oponer. Este tipo de obras, además, se viene desbordando en ternezas y puerilidades. Particularmente creo que sería más importante mostrar la necesidad que los míseros tienen de no serlo y la tristeza, en todos los órdenes, que acarrea a todos su miseria, que sumirlos en un falso vaho poético, tocado por la gracia, que tienta al espectador a envidiar su vagabundaje, su holganza poética, su vida juguetona y libre. Pese a lo dicho, *Los hombres del triciclo* es una promesa de autor. Su anécdota, muy simple, va por camino abierto sin temer la experiencia más comprometida. Hay escenas de verdadera emoción—la entrada del señor rico—y otras en que los protagonistas enredan en sus frases deliciosamente el humor y la ternura. Alguna otra vez el autor debería también podar el diálogo por ya escuchado o por demasiado vacío. Pero, en general, *Los hombres del triciclo* ha conseguido que esperemos con interés una segunda obra de Fernando Arrabal.

La interpretación fué buena, destacando Victoria Rodríguez y Anastasio Alemán. La dirección, acertada, a cargo de José Antonio Valdés.

Hay algo que no se puede negar a Tennessee Williams: su maestría en la creación de ambientes. Pueden fallar la trama o el personaje, pero no su clima. Tennessee Williams es autor muy conocido en España, y Modesto Higueras ha contribuído a ello en su mejor empresa como director. La obra presentada por el Teatro Nacional de Cámara—con éxito y repetición—es *Camino real,* impar por todos los conceptos.

Camino real es, sobre todo, la creación fabulosa de un ambiente. Pero el ambiente lo crea un hombre desvelado por el destino humano, el sentido de la felicidad, el dolor, el amor, los sueños. *Camino real* nos atrapa y sugiere por su paisaje humano. El autor sorprende y aisla para el espectador un rincón del mundo, afortunado fragmento por su carácter de encrucijada y, al mismo tiempo, de charca de todos los anhelos y miserias, y nos deja allí ante aquellas verdades, mentiras y preguntas, mirándonos a nosotros mismos, viendo al hombre en su nada

y grandeza. Están allí y por allí se traban "los que no han encontrado el camino de vuelta". En aquel camino impregnado de humanidad, apelmazado de historia, de pecado, de viejos sueños, alguien pregunta: "¿Tú conociste el camino real en todo su esplendor?" Criaturas de carne y hueso o de fábula—Margarita Gautier, Don Quijote, Lord Byron, el boxeador Kilroy, Casanova, etc.—recuerdan ese proverbio malabar: "El que mira mucho tiempo sus sueños acaba convirtiéndose en su propia sombra", que es lema de la novela de Malraux con el mismo título y algún parentesco: La Vía o Camino real. La obra de Tennessee Williams muestra la atroz interferencia, el agotador trasiego, inoportuno y brutal, de alegría y tristeza, dicha y dolor, su falta espeluznante de fronteras. Pero, antes que el telón caiga, el amanecer, "la del alba", nos trae a los espectadores el milagro de que las violetas puedan romper las rocas y, con los ojos abiertos, Don Quijote sale de nuevo a realizar sus sueños. Hay en frases y escenas de *Camino real* acertadas críticas al engañoso negocio propagandístico y otras facetas indignas, represivas, de la vida americana.

Rotundo éxito. La versión de Diego Hurtado, los bocetos de Mampaso, la dirección, la interpretación. A pesar de la dificultad que entrañaba el escenario, demasiado pequeño. Tendríamos que citar a todos los colaboradores y actores: José Calvo, Venancio Muro, Ricardo Hurtado, Mercedes Barranco, Javier Loyola...

Era obligatorio asistir a la inauguración en Madrid de un nuevo teatro: el Goya. Más aún si abría sus puertas con *El bufón de Hamlet,* obra póstuma de Benavente, nuestro premio Nobel. Y aún más si en la compañía figuraban actores como Berta Riaza, Manuel Dicenta y Joaquín Roa. Asistimos, por tanto. Y aquí podríamos poner punto final. *El bufón de Hamlet* es una obra pueril y pesadísima, con aquellas frases "republicanas" de don Jacinto que, no se sabe por qué, se comentaban luego en todas partes y hacían cavilar y alguna vez tambalearse a los ministros. De esto deduce uno la frágil peana que siempre ha debido tener la política entre nosotros. La obra estuvo perfectamente montada y acompañada, con *ballet,* ciclorama y un alarde de puntualidad y maquinaria. Esto honra al nuevo y agradable teatro Goya, que está bajo la dirección de Carmen Troitiño y Manuel Benítez Sánchez-Cortés.

Si *Camino real* puede ser, de algún modo, una experiencia peligrosa para su autor, *La rosa tatuada* tiene abundantes registros para obtener un éxito de público. Esta obra de Tennessee Williams ha sido estrenada por Dido, Pequeño Teatro de Madrid, en el Infanta Beatriz, en versión de Antonio de Cabo y Luis Saenz, bajo la dirección de Miguel Narros.

En *La rosa tatuada* se expresa, a mi juicio, mejor que en las otras obras de Williams el alcance dramático de este autor por establecerse en seguida un interés, una franca atracción y comprensión de "todo" el público hacia lo que está ocurriendo en la escena. *La rosa tatuada* no es más que una obra de amor, tema apasionante y nuevo siempre. Pero este amor llega a la pasión, es decir, a la exclusión de algo que no sea él, y lo concibe una mujer imaginativa, acostumbrada a la elección y al tacto de las telas, bajo un sol caliente que nubla las cosas y agranda los sentidos. A esta pasión, que raya en la locura,

se suma un desengaño lento que aquieta las aguas y las va llevando, más cautas y con rumor más suave, a otra nueva entrega menos bulliciosa. Una obra así la puede hacer un gran dramaturgo, un gran poeta, un hombre que mire a sus semejantes con ternura y amor, compartiendo con ellos el sufrimiento. La protagonista de Williams, Serafina, no está educada, trabaja para ganar el pan, se pasa el día desgreñada y en combinación, grita salvajemente a su hija, se aisla cuanto puede, desprecia a sus vecinos, pide con dureza a la Virgen y se enfada con Ella. Pero se olvida tanto de sí misma, se muestra tan desarmada y verdadera, que el espectador, pese a todo, se pone de su parte, le cobra afecto, como le ocurriría con el luchador más débil que lo diera todo en el combate, más allá de sus fuerzas. La modista de Williams sufre en la órbita de la tragedia y su heroísmo inútil rebasa sus defectos y la muestra, llanamente, como un ser que padece, grita y nos conmueve.

María Arias afrontó con temperamento y fortuna el peso del papel y el de la sombra de Ana Magnani, inspiradora del personaje e intérprete galardonada de la obra en su versión cinematográfica. Su interpretación fué magnífica y ejemplar su gallardía, de auténtica primera actriz. *La rosa tatuada* nos trajo, además, una revelación cierta que puede ser excepcional: Julieta Serrano. También nos gustaron Ricardo Blume y, en algunos momentos—ni cuando reía ni cuando lloraba—Ramón Corroto. Interpretó con maestría un papel muy secundario la gran actriz Adela Carboné. La obra fué adaptada con acierto al tiempo de representación habitual entre nosotros, y Miguel Narros la dirigió con eficacia y acento personal. El telón, con alguna protesta pacata, se levantó al acabar la obra un número incontable de veces.

Otros estrenos han sido: *Si yo supiera,* del croata Milán Begovig, traducida y adaptada por Pablo Tiján y Rafael Morales, en el Recoletos, interpretada por Mary Carrillo y Guillermo Marín. *Patata,* de Marcel Achard, versión de Juan Ignacio Luca de Tena, en el teatro Lara, con Antonio Vico y Conchita Montes. *El tiempo es un sueño,* de Lenormand, versión de Alfonso Sastre, en el Instituto de Boston, presentado por Dido, Pequeño Teatro de Madrid, y patrocinada por el Colegio Mayor Santa Teresa de Jesús. *La bella del bosque,* de Jules Supervielle, traducida y adaptada por Ricardo Paseyro, en el Paraninfo de la Facultad de Letras, dirigida por José María Saussol. *El chico de los Winslow,* de Terence Rattigan, adaptada por F. E. González, en el Reina Victoria, con Maruja Asquerino, Carlos Muñoz y Fernando Granada. *El capitán Ulises,* del novel Leopoldo Martínez Fresno, y *La condena de Lucullus,* de Bertold Brecht, en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigidas por José Luis Sánchez-Matas. *El Rey Peste,* de Edgar A. Poe, adaptada y dirigida por Javier Lafleur. Presentadas por el Pequeño Teatro Universitario "Los Independientes". *Catalina no es formal,* de Alfonso Paso, en el María Guerrero, dirigida por Claudio de la Torre e interpretada por Mari Carmen Díaz de Mendoza, Ángel Picazo y Rafael Alonso. Y el *Auto de la Pasión,* de Lucas Fernández, por el Teatro de Ensayo "Los Nocturnos", del Instituto Ramiro de Maeztu, dirigido con acierto extraordinario y buen gusto por Enrique Navarro Ramos; interpretó el papel de San Pedro Ramiro Benito.

M. F.